

Javier Duque Daza

POLÍTICOS Y MILITARES EN COLOMBIA

La toma del Palacio de Justicia y el Proceso 8000
¿Por qué no hubo quiebre democrático?



Programa  editorial

Duque Daza, Javier

Políticos y militares en Colombia. La toma del palacio de justicia y el proceso 8000 ¿Por qué no hubo quiebre democrático? / Javier Duque Daza. -- Cali : Programa Editorial Universidad del Valle, 2020.

422 páginas ; 24 cm. -- (Colección Ciencias Sociales)

1. Toma del Palacio de Justicia. M19 - Colombia, 1985 - 2. Conflicto armado en Colombia - 3. Políticos colombianos 4. Crisis política - 5. Golpes de estado - 6. Militares. 303.62 cd 22 ed.

D946

Universidad del Valle - Biblioteca Mario Carvajal

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: Políticos y militares en Colombia. La toma del Palacio de justicia y el Proceso 8000 ¿Por qué no hubo quiebre democrático?

Autor: Javier Duque Daza

ISBN: 978-958-5144-83-5

ISBN-PDF: 978-958-5144-84-2

ISBN-EPUB: 978-958-5144-85-9

DOI: 10.25100/peu.566

Colección: Ciencias Sociales-Investigación

Primera edición

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Javier Duque Daza

Diseño de carátula y diagramación: Diana Lizeth Velasco Davila

Corrección de estilo: Luz Adriana Ossa

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, septiembre de 2020

Javier Duque Daza

POLÍTICOS Y MILITARES EN COLOMBIA

La toma del Palacio de Justicia y el Proceso 8000
¿Por qué no hubo quiebre democrático?



Colección Ciencias Sociales
Investigación

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de la investigación “Crisis políticas sin quiebres democráticos en Colombia. El Palacio de Justicia y el Proceso 8000” que fue financiada por la Universidad del Valle, bajo la convocatoria de la Vicerrectoría de Investigaciones en el año 2017. La Universidad también me asignó tiempo parcial para dedicarme a este trabajo. Agradezco este apoyo sin el cual, esta labor hubiese resultado más compleja. La investigación contó con el apoyo de María Paula Jiménez y Gustavo Rodríguez, del Programa de Estudios Políticos y Resolución de Conflictos de la misma Universidad. Gracias por su tiempo y dedicación y su valioso aporte.

Para esta investigación se consultaron diversas fuentes documentales y hemerográficas y es pertinente agradecer al personal de la Biblioteca Luís Ángel Arango, de la Biblioteca Departamental del Valle del Cauca, con sede en Cali y de la Biblioteca Mario Carvajal de la Universidad del Valle. También fueron útiles las bases virtuales y físicas de la revista Semana y del diario El Tiempo que facilitaron el acceso a la información de las décadas de 1980 y 1990. Hay una extensa bibliografía sobre ambos casos que fue muy útil para la construcción de esta versión de los hechos, por contraste con algunas de sus interpretaciones.

Agradezco la lectura minuciosa y seria que hizo el periodista y analista Hernando Corral y a las muchas sugerencias y acotaciones que ayudaron a clarificar eventos de los que él fue testigo presencial o de cuyo análisis se ha ocupado. Por supuesto, el contenido final del libro no lo compromete, es de mi total responsabilidad. Agradezco también a los evaluadores anónimos del informe final de investigación y a la versión preliminar del libro.

Sus críticas, aportes y aclaraciones ayudaron a mejorar el texto final. El profesor Guillermo Sánchez, sociólogo y profesor de la Universidad del Valle, siempre ha alentado mi labor investigativa con sus comentarios y sugerencias.

Una versión del tercer capítulo fue presentada como ponencia en el Congreso Colombiano de Ciencia Política realizado en agosto de 2018 en Medellín en la Universidad Eafit, de la mesa participaron también David Roll y Luz Margarita Cardona, politólogos y profesores de la Universidad Nacional y de Adriana Marcela Ramírez, profesora de la Universidad Eafit. Agradezco los comentarios de moderador Manuel Alcántara Sáez. Gracias por su deferencia y cordialidad.

Asimismo, agradezco la revisión de estilo del libro realizada por Luz Adriana Ossa Valencia, la cual hizo más fluida la redacción y ayudó a clarificar la redacción.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
-------------------------------	----------

CAPÍTULO I POLÍTICOS, MILITARES Y QUIEBRES DEMOCRÁTICOS

13

UN MARCO DE ANÁLISIS EN PERSPECTIVA COMPARADA.	15
¿Por qué se dan golpes militares en Sudamérica?.	16
Preguntas, precauciones y un enfoque analítico	23
La variable Estados Unidos	36
Colombia sin golpes militares (1960-1980)	47
Colombia, década de 1990. Desmilitarización de la sociedad y nuevas relaciones civiles-militares	74
Síntesis e hipótesis	82

CAPÍTULO II BELISARIO BETANCUR Y LA TOMA DEL PALACIO DE JUSTICIA

87

¿POR QUÉ NO HUBO QUIEBRE DEMOCRÁTICO?	89
Belisario Betancur. Minoría electoral y gobierno dividido	91
Conflicto armado y Proceso de Paz	101
Las Fuerzas Militares opuestas al Proceso de Paz.	115

Narcotráfico y violencia	.122
La toma del Palacio de Justicia y la crisis presidencial	.130
¿Por qué no hubo quiebre democrático?	.163
Interacciones estratégicas	.166
Militarización limitada del poder político con militarización extendida en la sociedad: Belisario se mantiene en la presidencia	.176
Estados Unidos y su política internacional de transición	.192
Conclusión	.195

CAPÍTULO III

ERNESTO SAMPER PIZANO, EL PROCESO 8000 Y LA CRISIS POLÍTICA E INSTITUCIONAL

¿EL GOLPE FALLIDO?

199

Dinámicas partidistas y elección de Congreso y presidente en 1994	.203
Las elecciones, el narcotráfico y la crisis presidencial	.216
Las elecciones de 1994, el Proceso 8000 y la crisis presidencial.	.228
Tres versiones sobre la relación política-narcotráfico en las elecciones presidenciales de 1994.	.275
Los militares y el presidente.	.297
Ruido de sables. Remezón en las Fuerzas Armadas con destitución y crisis.	.298
Un complot golpista	.308
La conspiración y el “golpe democrático”	.320
Estados Unidos y el gobierno Samper	.327
¿Por qué no hubo quiebre democrático?	.331
Coalición de gobierno, incentivos y respaldo al presidente	.333
Los militares: entre las concesiones y las denuncias de complot	.348
Estados Unidos y la diplomacia coercitiva. Un presidente sometido a las presiones indebidas	.354
Los grupos económicos también contribuyeron	.375
Conclusión	.381
Síntesis y conclusiones.	.383
BIBLIOGRAFÍA	.387
Fuentes de internet.	.400
Fuentes hemerográficas	.404

INTRODUCCIÓN

Entre 1960 a 1980 ocurrieron 21 golpes militares en ocho países de Sudamérica. Con excepción de Colombia y Venezuela, los demás países tuvieron quiebres democráticos y en diferentes ocasiones, se dieron golpes a los golpistas (cuatro en Bolivia y uno en Paraguay). De los 10 países que compartían similitudes institucionales y sociopolíticas, en ocho casos, hubo golpes militares recurrentes y reiterados (Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Ecuador y Perú) y en uno más, Venezuela, hubo varios conatos de golpes (en 1961, 1962 y dos veces en 1992). Aun hasta mediados de la década de 1990 resonaban en el subcontinente intentos de golpes militares y en algunos países, las Fuerzas Militares parecían dispuestas a tomarse el poder en situaciones críticas o de inestabilidad política. Más de tres décadas con el fantasma de los golpes militares rondando por el subcontinente.

Colombia fue una excepción. En este país las elecciones se sucedieron de forma regular, periódica e ininterrumpida, siempre existió más de un partido, se mantuvo la separación formal de poderes y hubo medios de comunicación y prensa libres (aunque con un alto grado de concentración). En términos de democracia electoral el país es un caso de persistencia de las elecciones en el largo plazo, sin gobiernos de facto. Aunque su democracia ha sido deficitaria en algunos de sus componentes centrales, como las restricciones a la competencia durante el régimen de coalición del Frente Nacional (1958-1974) y su prolongación hasta 1990; la persistencia de la violencia política (con su momento más álgido en el exterminio del partido Unión Patriótica desde mediados de la década de 1980 hasta comienzos de la década de 1990); la fragilidad del imperio de la ley; los altos niveles de impunidad; la permanencia del

conflicto armado de larga duración; las extendidas prácticas clientelistas; y el recurrente fraude electoral, no hubo quiebres democráticos ni en los momentos de mayor inestabilidad política y tensión social.

¿Por qué la excepcionalidad de Colombia? ¿Por qué mientras en el resto del subcontinente se sucedían golpes militares y se instalaban dictaduras, en Colombia se mantenían los gobiernos civiles?

Este libro da respuesta a dos preguntas y lo hace a partir del análisis de los dos eventos de la historia reciente del país en los que la inestabilidad política y el deterioro institucional alcanzaron su mayor expresión: la toma del Palacio de Justicia por parte de una célula terrorista del grupo guerrillero M-19 en noviembre de 1985 y los nexos de la clase política con el narcotráfico que desembocó en el escándalo del “Proceso 8000” entre los años 1994 a 1997. Ni en los momentos que parecían más propicios para que las Fuerzas Militares asumieran el control del poder político hubo golpes militares en el país o intentos de golpes.

Se trata de un estudio de caso en perspectiva comparada. El análisis parte del reconocimiento de que en la ciencia política hay una tensión respecto a la naturaleza de sus esquemas analíticos: ante la variedad y complejidad de los eventos, se puede renunciar a la búsqueda de regularidades y a la formulación de teorías generales y aceptar que solo puede aspirar a conocer casos específicos que no son susceptibles de cobijar bajo una explicación globalizante; o se puede asumir que sí es posible plantear perspectivas teóricas que cobijan todos los casos en los que el fenómeno está presente y, en consecuencia, hacer enunciaciones generales.

Frente a esta tensión, el libro opta por la segunda opción, aclarando que: a) las generalizaciones que se hacen en ciencia política son contextualizadas, están limitadas por el cumplimiento de ciertas condiciones espaciales, temporales y socio-políticas y corresponden a teorías de alcance medio; b) la variable dependiente es el resultado, y cuando están presentes en todos los casos ciertas variables independientes, estas se consideran explicativas; c) las explicaciones en ciencia política no son deterministas, no son similares a las explicaciones de las ciencias naturales. En esta se aplica la indeterminación causal, lo que significa que se pueden individualizar solo causas que sean condiciones necesarias o contribuyentes para que ocurra el hecho, pero ninguna condición individual es suficiente. Esto significa que dadas las causas X, Y, Z es probable que consiga el efecto E, es decir, son factores contribuyentes que se asocian con la ocurrencia del fenómeno.

En este análisis comparado se adopta la estrategia del Sistema de Máxima Similitud: se escogieron 10 países de Sudamérica que presentan rasgos similares en sus estructuras institucionales, sociopolíticas y socioeconómicas.

De estos, ocho países comparten los mismos factores contribuyentes o explicativos de la presencia de golpes militares: deterioro institucional e inestabilidad sociopolítica de alta intensidad, (*D*); la disposición y motivación de los militares a intervenir en la esfera política (*M*), la disposición de Estados Unidos para apoyar o incluso propiciar golpes de Estado en el contexto de la Guerra Fría (*EU*), y todos tienen la presencia del mismo fenómeno, Golpes Militares (*GM*).

Mientras que en 2 casos, Venezuela y Colombia, que comparten los mismos rasgos de los demás países, no presentan golpes militares (*gm* en minúsculas indican ausencia), porque varían los factores explicativos: en Colombia están presentes *D* y *EU*, pero *M* no (es decir, es *m*), esta presentó una condición excepcional, hubo acuerdos estratégicos entre civiles y militares con una militarización extendida en la sociedad, pero sin acceso al poder político, reservado por los civiles, y en Venezuela no están presentes *D* ni *M* (se expresan como *d* y *m*), la inestabilidad sociopolítica e institucional no tuvo una alta intensidad por cuanto hubo mayor consenso entre las élites y una reintegración social de sectores de izquierda moderada y que se integró a los militares en las esferas de toma de decisiones. Estos dos son casos son negativos en el conjunto y ayudan a validar el esquema analítico, por cuanto la ausencia de uno de los dos factores contribuyentes hace que el resultado (presente en todos los otros casos) no se produzca, mientras en los otros casos sí.

En el caso concreto de Colombia, los enunciados que guían los argumentos de cada uno de los dos eventos significativos analizados son los siguientes:

*E*₁: En el gobierno de Belisario Betancur Cuartas (1982-1986) la situación crítica de la toma del Palacio de Justicia (noviembre de 1985) no condujo a un golpe militar (*gm*, ausencia), aunque la tensión e inestabilidad política fue de alta intensidad (*D*), las Fuerzas Militares no estaban dispuestas ni motivadas a tomarse el poder, pues mediado un acuerdo estratégico entre civiles y militares que se expresaba en la alta militarización de la sociedad, sin militarización del poder político (*m*); Estados Unidos seguía manteniendo el respaldo a dictaduras y a eventuales golpes militares en la región (*EU*).

*E*₂: En el gobierno de Ernesto Samper Pizano (1994-1998) la situación crítica del “Proceso 8000” no condujo a un golpe militar (*gm*) aunque había una gran inestabilidad política y una severa crisis institucional (*D*), las Fuerzas Militares no estaban dispuestas ni motivadas a tomarse el poder dado que mantenían su estatus e importantes prerrogativas y había pocos incentivos para hacerlo, además de la negativa de Estados Unidos para apoyar golpes

de Estado. De tal manera, desde finales de la década anterior se había dado un giro en su política hacia América Latina que promovía la democracia (*eu*). En este caso, Estados Unidos actuó estratégicamente y obtuvo ventaja ante la debilidad del Gobierno colombiano, ejerció su diplomacia coercitiva para forzar decisiones acordes con sus pretensiones e intereses en el combate contra el narcotráfico. El presidente Ernesto Samper también actuó de forma estratégica y estableció una lógica defensiva de intercambios con los congresistas, las Fuerzas Armadas y con los Estados Unidos, que le permitió terminar su periodo de Gobierno.

Se analiza cada caso por separado, a la luz de la matriz explicativa. El estudio está soportado en una amplia variedad de fuentes que incluye la bibliografía especializada y su revisión crítica, una extensa revisión hemerográfica, testimonios, documentos oficiales, sentencias de las Altas Cortes, fallos judiciales de la Procuraduría General de la Nación y de la Gaceta del Congreso.

El libro consta de tres capítulos. El primero presenta el marco de análisis que permite ubicar a Colombia en una perspectiva comparada, en este se consideran diversos enfoques que explican los golpes militares en Sudamérica y se formula un esquema explicativo multivariado a partir de dos matrices de ausencia/presencia de variables independientes (*D*, *M* y *EU*) y la variable dependiente (*GM*). El segundo analiza el primer evento, la toma del Palacio de Justicia en noviembre de 1985 durante el gobierno de Belisario Betancur, contextualiza dicho gobierno y describe la situación de inestabilidad política y el deterioro institucional de alta intensidad, así como la forma como terminó este evento crítico. En un escenario complejo, el centro de interés apunta al cuestionamiento del por qué no hubo un golpe militar y un desplazamiento del poder de los civiles por parte de los militares. El tercer capítulo analiza la crisis del “Proceso 8000” generada por la financiación de la campaña presidencial de Ernesto Samper Pizano por parte de la Organización de Tráfico de Drogas (OTD) de Cali y por qué en tan grave situación, no hubo un golpe militar cuando en apariencia estaban dadas todas las condiciones para que así sucediera. Al final se plantea una síntesis y se esbozan algunas conclusiones.

CAPÍTULO I

**POLÍTICOS, MILITARES
Y QUIEBRES DEMOCRÁTICOS**

UN MARCO DE ANÁLISIS EN PERSPECTIVA COMPARADA

Entre las décadas de 1960 a 1980 fueron frecuentes los golpes militares en Sudamérica y hasta mediados de los años noventa hubo conatos de golpes y los llamados “ruidos de sables” fueron frecuentes. A mediados de la década de 1960 gobernaban militares en la mitad de los 10 países del subcontinente, en 1976 había dictaduras en 8 de los 10 países. Solo Colombia y Venezuela mantenían gobiernos civiles.

¿Por qué se daban golpes militares en el subcontinente? Este capítulo se ocupa de esta pregunta y propone un esquema explicativo de los quiebres democráticos en la mayoría de los países del subcontinente y también de su ausencia en los dos países donde no se presentaron. Parte de una revisión crítica de los diferentes enfoques que han intentado explicar los golpes militares en la región desde la década de 1970, sus alcances y limitaciones. Luego retoma algunos de los aportes más relevantes de los estudios precedentes y construye un enfoque de análisis multivariado. En su formulación subyace la premisa que en ciencia política es posible establecer enunciados generales contextualizados, es decir, que a partir de ciertas condiciones se puede enunciar de forma razonable un esquema explicativo con base en condiciones contribuyentes, esto es, factores que están asociados a la presencia del evento analizado, aunque sin determinar cuantitativamente el peso de cada uno de ellos. Se trata de condiciones necesarias, ninguna de estas tiene el carácter de condición suficiente: los golpes militares no se pueden explicar a partir de un factor determinante, es la conjugación de una serie de condiciones la que los produce.

Se recurre al Análisis Comparativo Cualitativo (ACC) y dentro de este, la descripción sistemática y la relación entre variables se plantea mediante una tabla de presencia y ausencia de los factores relacionados con los golpes militares en las décadas 1960 a 1980. Los países de Sudamérica presentan rasgos generales similares en sus estructuras institucionales, sociopolíticas y socioeconómicas y comparten las condiciones explicativas clave, de igual forma que comparten el resultado. Los golpes militares son el producto de la presencia de los factores explicativos en 8 casos, en dos casos (negativos) su ausencia o variación derivó en la persistencia de los gobiernos civiles. Por extensión, en la década de 1990 los cambios en las condiciones contribuyentes confluyeron en la ausencia de quiebres democráticos en todos los países, así como el fracaso de los conatos de golpes.

A la par con el esquema analítico se presentan las especificidades del caso colombiano, la ausencia de gobiernos militares como uno de los rasgos centrales de su democracia.

¿POR QUÉ SE DAN GOLPES MILITARES EN SUDAMÉRICA?

Los golpes militares en América Latina han sido objeto de diversas descripciones, análisis e intentos de explicación desde finales de la década de 1960. Un estado de la cuestión sobre los acontecidos entre 1960 a 1980, permite diferenciar al menos cuatro maneras de explicar la presencia golpista de los militares en el subcontinente.

Un enfoque de carácter instrumental considera la institución militar como un medio al servicio de otros actores, sean países (imperialistas), grupos sociales (dominantes) o grupos de poder (oligarquías). Diversas versiones marxistas asumen que los golpes militares se llevaron a cabo porque las Fuerzas Armadas estaban al servicio del imperialismo, eran instrumentos de aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional y los ejércitos eran definidos como agentes programados por Washington que actuaban como “apéndices del Pentágono”. En una de sus versiones se considera que los golpes abrieron una nueva época a partir de la cual hizo entrada una estrategia de integración militar de carácter internacional orientada a erradicar de la región cualquier expresión política insurgente y/o de izquierdas revolucionarias.

Se argumenta que “los golpes militares se dieron para frenar la revolución en ciernes”¹; para detener el avance insurgente o revolucionario y para proteger a terceros, específicamente a las élites económicas y sociales o a fracciones de estas, no para asumir la conducción política, como ocurrió con el colonialismo europeo²; o también que fueron la expresión de la pugna Este-Oeste de los dos grandes bloques económicos e ideológicos que se enfrentaban en el planeta. Asimismo, se considera que

la doctrina de la seguridad nacional, el enemigo interno, la lucha antisubversiva, la noción de guerra total, de guerra de baja intensidad y las acciones encubiertas urden una trama donde el imperialismo y el complejo industrial militar de los Estados Unidos tienen un lugar de excepción³.

También se asume que los golpes militares se dieron para relanzar en el respectivo país procesos de acumulación de capital trasnacional y las instauraciones de los regímenes autoritarios por los ejércitos corresponden

¹ Victoriano Serrano señala al respecto: “La radicalización de las vanguardias revolucionarias de izquierda, como la creciente movilización de amplios sectores sociales, contrastó con el final abrupto que estos proyectos sufrieron una vez que los golpes desdibujaron el imaginario sobre el cual se proyectaba la idea misma de revolución. Por primera vez en la historia política de América Latina, se pone en funcionamiento una máquina global de exterminio, cuya característica más significativa fue la coordinación supranacional, el esfuerzo de integración político-policia para destruir, torturar y “hacer desaparecer” al cuerpo mismo de la izquierda latinoamericana, en una guerra unilateral que no conoció fronteras nacionales ni límites ideológicos, y que excedió con creces el marco de representación a través del cual el campo cultural de izquierda articulaba sus relaciones con la escena política de aquellos años” (Victoriano Serrano, Felipe. (Septiembre-diciembre de 2010). Estado, golpes de Estado y militarización en América Latina: una reflexión histórico-política. *Argumentos*, 23(64), 180).

² Como lo sintetiza Bustamante: “la intervención de las FF. AA. en política se haría en aras de los intereses de terceros. Las FF.AA. serían un instrumento, brazo armado de algún grupo o coalición de grupos civiles. En medio del mar de numerosos intereses civiles en lucha, las FF.AA. tendrían la particularidad de no ser ellas mismas un interés al mismo nivel que los otros. Esta forma de pensar implica la existencia explícita o implícita de una teoría más general sobre la sociedad que, junto con establecer un mapa de los intereses y de su génesis postula que la conducta política y el Estado parecen a partir de determinaciones que hallan su cuna en el seno de la sociedad civil. políticamente lo único interesante de los militares consiste en saber: cómo es que llegan a definirse por, tal o cual facción o interés societal, hasta convertirse en su brazo armado (Bustamante, Fernando. (1986). *Los paradigmas en el estudio del militarismo en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO, p. 11).

³ Roitman, Marcos. (2013). *Tiempos de oscuridad. Historia de los golpes de Estado en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Akal.

a las necesidades del capitalismo mundial y a la nueva división internacional del trabajo⁴.

Una versión más determinista asigna a la intervención militar un carácter clasista, según el cual las fuerzas armadas latinoamericanas actuaban como el “brazo armado” de hacendados, o de la burguesía si se daba el caso en el que los aparatos de dominación del Estado no pudieran sostener la prevalencia de las clases dominantes a través de mecanismos normales y legales. Los militares asumían el poder, como una forma de delegación temporal concedida por las élites civiles. En algunos casos los líderes golpistas eran civiles que alentaban a los militares a tomarse el poder o que toleraban los golpes o, incluso, hacían parte de gobiernos cívico-militares. Los militares estarían a la orden de las clases dominantes y de sectores con poder que recurrían a ellos ante cualquier indicio de crisis social, por el incremento de las protestas y de los movimientos sociales, o por amenazas sus intereses económicos, los militares entran en juego para “mitigar las tensiones”⁵.

A esta perspectiva instrumentalista se le han formulado diversas críticas. Como lo expresa Ismael Crespo, la clara influencia de Estados Unidos en la política doméstica de la región y la difusión de la Doctrina de la Seguridad Nacional dentro de las Fuerzas Armadas latinoamericanas y el apoyo de diversos sectores de las élites político-económicas a las intervenciones militares, le dan cierto crédito a este tipo de explicaciones. No obstante, además de su reduccionismo, con cierto tono de “complot” imperialista-militar, este enfoque no puede explicar por qué en algunos países, dadas las mismas condiciones objetivas y necesarias, la intervención armada no tuvo lugar y, si lo tuvo, no implementó ni desarrolló las políticas que correspondían con la orientación de la Doctrina de la Seguridad Nacional ni, en muchos casos, satisfizo los intereses de los sectores sociales que habían apoyado dicha intervención militar⁶. Como lo expresa Alain Touraine:

⁴ Por ejemplo, Collier señala que las nuevas exigencias económicas y sus consecuencias sociales no podrían ser resueltas dentro de los marcos de dominación tradicionales reformismo, populistas o nacionalistas, sino en uno nuevo controlado por las Fuerzas Armadas y la burocracia tecnocrática modernizantes. Los regímenes que resultan de la intervención militar permiten que procesos de profundización y desarrollo capitalista que se ajustan a las nuevas pautas de acumulación de capital y reinserción en el mercado mundial capitalista (Collier, David. (1979a). Overview of the Bureaucratic-Authoritarian Model. En D. Collier (ed.), *The New Authoritarianism in Latin America* (pp. 3-32). Nueva Jersey: Princeton University Press).

⁵ Horowitz, Irving Louis. (1969). El militarismo en América Latina. *Revista de Ciencias Políticas*, (45-46), 1.

⁶ Crespo, Ismael y Filgueira, Fernando. (Abril-junio de 1993). La intervención de las Fuerzas Armadas en la política latinoamericana. *Revista de Estudios Políticos (Nueva época)*, (80), 297-311.

aunque la dominación americana se haya ejercido con demasiada frecuencia de la manera más directa mediante la ocupación militar, los dictadores no solo fueron instrumentos al servicio del colonialismo americano, muy a menudo se dieron un tono, sino populista, al menos plebeyo y encontraron apoyo en las categorías populares y en unas fuerzas políticas que hablaban en nombre suyo, como el Partido Comunista⁷.

Asimismo, se considera que este énfasis en factores contextuales o estructurales, como las relaciones de clase y la dependencia externa, tiene importancia para explicar las condiciones de la injerencia política militar, pero no toma en cuenta la dimensión intra-institucional de los militares, no presta suficiente atención al proceso de preparación, a la manera de actuar y a las estrategias de salida negociadas de las dictaduras entre 1960 a 1980. De igual manera, se considera que al ser formados en Estados Unidos, la conducta de los oficiales de todos los ejércitos latinoamericanos ha sido disímil y divergente en los distintos países, no en todas partes asumieron el papel de contención de la subversión a través de golpes militares. Además, al interior de las Fuerzas Militares que estaban en el poder, existieron diferencias y tendencias opuestas⁸.

Desde otro punto de vista, se considera que para comprender por qué se dieron golpes militares en el subcontinente se debe analizar la autopercepción de las Fuerzas Armadas latinoamericanas que se han considerado salvadoras y redentoras en momentos de crisis de la sociedad, ante peligros inminentes generados por fuerzas políticas subversivas que atacan contra el orden, la seguridad, la soberanía, y la democracia. Su actuación se ha orientado por esta convicción, los militares golpistas eran miembros socializados en una organización más o menos profesional que tenía sus propias necesidades e intereses que, para “salvar la democracia” optaban por suspenderla por un tiempo. Estas actuaciones ocurridas entre las décadas de 1960 a 1990 se dieron en el contexto de la Guerra Fría y del influjo de la Doctrina de la Seguridad Nacional, de la doctrina del enemigo interno, del orden hemisférico que había que defender de la mano y bajo la égida de Estados Unidos: se combina en esta perspectiva un elemento propio del primer enfoque (la influencia externa) con la variable de las convicciones de los militares (un factor interno)⁹.

⁷ Touraine, Alain. (1989). *América Latina: política y sociedad*. Madrid: Espasa, p. 360.

⁸ Kruijt, Dirk y Koonings, Kees. (2002). Fuerzas Armadas y política en América Latina: perspectivas futuras. *Iberoamericana*, 2(8), 7-22.

⁹ Perelli, Carina. (1990). La percepción de amenaza y el pensamiento de los militares en América del Sur. En L. Goodman, J. Mendelson y J. Rial (eds.). *Los militares y la democracia. El futuro de las relaciones cívico-militares en América Latina* (pp. 143-155). Montevideo: Peitho.

En esta dirección, hay quienes consideran que las Fuerzas Militares se auto percibían como actores políticos con capacidad para liderar los procesos de modernización socioeconómicos y políticos, tareas para las cuales no consideraban capacitadas a las élites políticas, o porque consideraban erradas las políticas de las élites civiles del momento¹⁰. En tal sentido, se consideraba que el significado real de las Fuerzas Armadas en América Latina consistía en su peso político, constituyéndose como “ejércitos políticos” que se auto asignaban roles y objetivos de “fuerza estabilizadora”, “árbitro supra social”, “institución protectora de la Constitución”, “vigilante del desarrollo nacional”¹¹.

En esta perspectiva ya no se asocia a las Fuerzas Militares con las burguesías o con las élites civiles y políticas, ni se les considera como su “brazo armado”, tampoco como un instrumento del imperialismo. Se les asigna un peso específico, relacionado con la autonomía y la convicción ideológica al definirse como la fuerza salvadora de las crisis que los civiles no pueden o no estaban en capacidad de resolver. Se considera que, aunque hubo avances en los procesos de profesionalización los militares no asumieron la subordinación al poder civil y consideraron que, si hacía falta, estaban dispuestos a intervenir y asumir la conducción política. Esta función “salvadora” la asumieron junto con ciertos sectores de las élites civiles que clamaban por su intervención para “enderezar el camino” de sus naciones conformando así “coaliciones golpistas” que estaban convencidas de ser las redentoras de sus respectivas patrias. Esta forma de asumir los golpes militares sigue siendo muy parcial, pero reconoce una variable importante: la disposición, las motivaciones y orientaciones hacia el poder de los militares, dispuestos a asumir la conducción política bajo ciertas circunstancias por iniciativa propia o por “llamados” desde ciertos sectores de la sociedad.

Hay también quienes explican las intervenciones militares y las rupturas de las democracias desde una perspectiva histórica de largo plazo. Asumen que los antecedentes históricos de reiteradas intervenciones y de acciones conspirativas entre las élites civiles y las Fuerzas Armadas influyen sobre la predisposición de la institución militar a intervenir de manera ilegítima en los asuntos políticos de la nación: la presencia militar en la política en América Latina es vista como una constante desde los inicios de la vida republicana en el siglo XIX. Los militares se han considerado como la única fuerza social capaz de ejercer autoridad en países sin élites civiles idóneas para cumplir las funciones de gobernar. El “vacío político” hace que los

¹⁰ Arriagada, Genaro. (1981). *El pensamiento político de los militares. Estudios sobre Chile, Argentina, Brasil y Uruguay*. Santiago de Chile: CISEC.

¹¹ Kruijt y Koonings, *óp. cit.*

militares tengan que intervenir directamente en la esfera de la política y del gobierno¹². Se plantea que “con periodos variables según los países, los militares se hicieron presentes en la vida política nacional cumpliendo un papel moderador en el momento en que las pugnas políticas-ideológicas de los civiles amenazaban la integridad de los estados nacionales”¹³. Se enfatiza en que no se debe olvidar la historia del continente.

Como lo señala Francisco Leal, no se debe olvidar que el proceso de formación de los estados nacionales en Suramérica durante el siglo XIX tuvo como común denominador la inestabilidad económica y la dificultad de integración social. Por esto, las instituciones militares fueron más fuertes que las demás instancias estatales y se autoproclamaron dinamizadoras de la economía e integradoras de la sociedad, así como constructoras de los estados: “los militares creían que tenían el derecho a ocupar un lugar preeminente en la sociedad por sentirse forjadores de la nación al llevar a feliz término las guerras de independencia”¹⁴. Esto se prolongó durante varias décadas y se llegó a plantear la tesis que los militares eran el último recurso, como una especie de instancia salvadora en los momentos más críticos. Se asumió como algo normal la intervención de los militares en la política interna de los países en momentos de dificultades y de crisis.

Esta visión llama la atención para que no se desconozcan en el análisis las trayectorias nacionales y ciertas constantes históricas. No obstante, cae en otro determinismo, por el cual sería casi natural esperar que los militares asumieran el poder cuando hubiera el menor asomo de inestabilidad por ser ellos quienes estaban más organizados, tenían un espíritu de cuerpo y consideraban que eran aptos para dirigir las repúblicas que habían ayudado a construir. Pero, las experiencias en los países habían sido diversas¹⁵. Una vertiente de esta versión considera que los golpes militares son el resultado de los atributos “heredados” de las Fuerzas Armadas. Estas características son consideradas como una construcción histórica y una herencia de la tradición ibérica que se incorporó desde los inicios de la vida republicana y que se concretó en la forma de pensar y de actuar

¹² McCalister, Lyle. (1965). Changing Concepts of the Role of the Military in Latin America. *The Annals*, 360(1), 85-98.

¹³ Cuellar, Oscar. (1971). La participación política de los militares en América Latina. En L. M., Vega, *Fuerzas armadas, poder y cambio* (pp.13-69). Caracas: Tiempo Nuevo; Calvo, Roberto. (1979). *La doctrina militar de la seguridad nacional*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

¹⁴ Leal, Francisco. (1.º de junio de 2003). La doctrina de seguridad nacional: materialización de la Guerra Fría en América del Sur. *Revista de Estudios Sociales* (15), 74-87.

¹⁵ Véase: Fernández Baeza, Mario. (Noviembre-diciembre de 1985). La intervención militar en la política en América Latina. *Estudios Políticos (nueva época)*, (48), 204.

de las cúpulas militares, con actitudes tales como la verticalidad de sus posiciones, el autoritarismo, el paternalismo, el fuerte corporativismo y la cohesión interna. De sus características se deriva su orientación “natural” a intervenir y a tutelar a los poderes civiles, su débil profesionalismo y especialización. Por sus atributos sería connatural a los militares su propensión a intervenir en la política de una forma impositiva, desconociendo los poderes civiles y la institucionalidad democrática. Kees Koonings considera este enfoque contraevidente por cuanto en el continente se ha presentado una considerable variedad entre las distintas trayectorias nacionales, para lo cual la explicación del militarismo latinoamericano derivado de sus atributos heredados de la tradición, no es razonable. Si fuera válido habría dictaduras en todos los países, siempre y de manera continua¹⁶.

También se asociaron los golpes militares con el nivel de profesionalización de las Fuerzas Armadas. Desde las apreciaciones de Samuel Huntington relacionadas con la profesionalización militar, se suele asumir que la consolidación democrática se asocia con un mayor profesionalismo, una mayor especialización, organización, estabilidad, jerarquías y subordinación frente a las autoridades civiles y existe una relación inversamente proporcional entre profesionalismo y tendencia a intervenir en política, por ello en América Latina un menor nivel de profesionalización corresponde a una mayor propensión a la intervención y a los golpes militares¹⁷. Las críticas que se plantean hacia este enfoque radican en que, aunque las Fuerzas Militares sean profesionales, si son altamente influenciadas por Estados Unidos y por la Doctrina de la Seguridad Nacional tienden a ser intervencionistas. Asimismo, se critica el no considerar que hay un profesionalismo funcional, jerárquico y de modernización, pero que no es consustancial a la democracia, puede ser antidemocrático, incluso hay quienes señalan que la especialización profesional contribuye a aumentar la cohesión interna, la autoconvicción de ser una institución suficientemente idónea para asumir tareas políticas y esto las motiva a dar golpes militares¹⁸.

¹⁶ Koonings, Kees. (1991). La sociología de la intervención militar en la política latinoamericana. En Kruijt y E. Torres-Rivas (coords.), *América Latina: militares y sociedad* (pp. 19-62). San José: FLACSO.

¹⁷ Feld, David. (1968). Professionalism, Nationalism and the Alienation of the Military. En J. Van Doorn (ed.), *Armed Forces and Society: Sociological Essays* (pp. 55-70). Paris: The Hague.

¹⁸ Fernández Baeza, *óp. cit.*, p. 205.

PREGUNTAS, PRECAUCIONES Y UN ENFOQUE ANALÍTICO

Frente a las diversas visiones sobre la intervención de los militares, Mario Fernández Baeza formuló dos preguntas muy pertinentes: a) ¿Son todos los sistemas políticos latinoamericanos, entendidos como institucionalidad y experiencia histórica, susceptibles de ser interrumpidos o marcados por la intervención militar? y b) ¿Son las Fuerzas Armadas de América Latina intervencionistas *per se*, independientemente de los sistemas políticos en que actúan?¹⁹.

El autor considera que las respuestas a ambas preguntas son negativas. Aunque hubo momentos en que la mayoría de los países latinoamericanos estuvieron regidos por militares (especialmente entre 1960 a 1980), se han dado experiencias de sistemas políticos estables bajo mando civil y constitucional y en varios países del continente las Fuerzas Armadas no acostumbraban a intervenir en la política de manera directa, ni hubo golpes militares (como en Venezuela y Colombia, Costa Rica y México). Además, plantea que las intervenciones y los golpes militares en el subcontinente tienden a producirse en el momento en que coincide un determinado estado del sistema político y una determinada disposición de las Fuerzas Armadas que son propicias para la intervención militar: el deterioro institucional y la inestabilidad sociopolítica de alta intensidad, y la disposición de los militares a intervenir en la esfera política.

Se deben conjugar la inestabilidad o un alto nivel de conflictividad (protestas sociales, enfrentamientos, rupturas entre sectores de las élites, crisis económicas acentuadas e inconformidad creciente); el deterioro sociopolítico (en el sentido de falta de capacidad para responder a las presiones y demandas a las que es sometido el gobierno y la consecuente emergencia de inconformidad y contestación social) y, al mismo tiempo, el convencimiento de los militares de su papel en la sociedad, de su capacidad y rol político para intervenir en momentos críticos. Se considera que las motivaciones que expresan una mayor sensibilidad de las Fuerzas Armadas para intervenir, son las que están relacionadas con amenazas reales o potenciales a su estatus dentro del sistema político y social. Fernando Elche coincide con esta tesis y expresa que

por muchas oportunidades que haya para un golpe de Estado este sólo será posible si los actores con oportunidad para actuar cuentan con un sistema de

¹⁹ *Ídem*, p. 197.

evaluación que los lleve a reconocer dicha situación como una oportunidad, tienen un sistema de preferencias donde dicha opción es asumible, y cuentan con repertorios de acción y recursos movilizables. Por ello en la base de la decisión golpista hay un cálculo medios-fines²⁰.

Alain Touraine también hizo un esbozo de una formulación teórica similar para explicar por qué en América Latina se daban golpes militares en este periodo. Consideraba, por una parte, que las rupturas en los regímenes democráticos se produjeron cuando se acentuaron las tendencias a la disociación entre crecimiento económico y demanda social. Cuando esto sucedió se dieron presiones desde abajo, las fuerzas populares se radicalizaron, aumentó la contestación social y las clases medias acomodadas vieron amenazadas sus conquistas y la oligarquía, sus privilegios. Los dirigentes rechazaron las demandas populares y/o revolucionarias en los países donde había más organización y tradición de las izquierdas, y dirigentes, élites civiles; y los militares asumieron la conducción política, por lo que emergieron gobiernos antipopulares. Asimismo, Touraine consideró que la voluntad y la organización de los militares entran en juego para que se efectuaran los golpes militares, pero solo cuando no existían fuerzas civiles suficientes para movilizarse y ejercer control político²¹. De nuevo: deterioro institucional e inestabilidad sociopolítica y la disposición y motivación de las Fuerzas Militares para asumir el poder se conjugan en la explicación.

De igual forma, Guillermo O'Donnell consideró que las acciones y presiones ejercidas por los sectores populares movilizados que exigían reivindicaciones sociales y económicas a las élites dominantes, fueron percibidas como una amenaza y se convirtieron en un detonante importante para la quiebra de la democracia en varios países de la región²². Esta línea de pensamiento se encuentra también en Pérez-Liñán y Mainwaring, quienes consideraron que si las situaciones de inestabilidad sociopolítica se expresan ante la presencia de actores radicalizados, la respuesta de otros actores políticos en el poder también se radicaliza, así

²⁰ Elche Díaz, Fernando. (2008). *La lógica de las crisis políticas: los golpes de Estado de 1968 y 1992 en Perú*. (Tesis doctoral). Universidad Complutense, Facultad de Ciencias Políticas, Madrid, p. 14.

²¹ Touraine, *óp. cit.*

²² O'Donnell, Guillermo. (1978). State and Alliances in Argentina. *Journal of Development Studies*, 15(1), 3-33.

el nivel de radicalización y el poder de estos jugadores determina cuán amenazados se sienten otros actores arraigados en el sistema político por el establecimiento de la democracia política. Algunos actores poderosos están dispuestos a subvertir el régimen competitivo para proteger sus intereses en caso de un nivel elevado de radicalización, ya sea que esta se produzca en el gobierno o en la oposición²³.

Estos autores piensan que también incide la preferencia normativa por la democracia de parte de los actores políticos centrales. Entre quienes se disputan el poder, la preferencia por la democracia se expresa cuando se reconoce la derrota electoral, en lugar del cuestionamiento del resultado adverso; o cuando los gobernantes aceptan la derrota en un debate legislativo sobre un asunto importante, en lugar de manipular las reglas del proceso legislativo para imponer su proyecto de ley. Por el contrario, se muestran contrarios a la democracia cuando cuestionan la validez de los procesos democráticos ante resultados desfavorables; afirman ser los únicos representantes del pueblo; cuestionan la legitimidad de toda oposición externa a algún movimiento mayoritario nacional; o acusan a los opositores pacíficos de ser enemigos del pueblo o del país. Por su parte los actores contestatarios son contrarios a la democracia cuando expresan ambivalencia acerca de ella o la cuestionan y la caracterizan como “burguesa” o “formal”, o “seudodemocracia”.

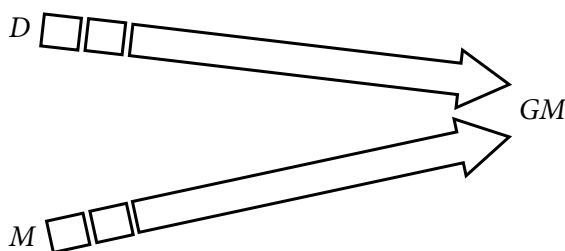
En esta línea de pensamiento, Alan Rouquié se pregunta ¿por qué los militares no están en el poder en todas partes, de la misma forma, al mismo tiempo en América Latina? Considera que el papel político de los ejércitos no es siempre el mismo en el tiempo ni en el espacio latinoamericano. Tampoco esto obedece a causas únicas o sencillas, por ello no cabe una explicación unívoca ni sincrónica de los militarismos. Alude, no obstante, a que los golpes militares se asocian a situaciones de caos político y social, de vacío del poder, o a las amenazas de todo tipo contra el orden sociopolítico. Amplía, además, el esquema analítico al incorporar la variable externa de la Doctrina de la Seguridad Nacional, que en el periodo de 1960 a 1980, fue utilizada como un medio para producir un consenso al interior de las fuerzas militares y una supuesta amenaza interna (la insurgencia de inspiración marxista influenciada por la revolución cubana) se convirtió en un pretexto para darle una base a la intervención política del ejército. Ambos, militares y Estados Unidos, intentaban justificar que el propósito

²³ Pérez Liñán, Aníbal y Mainwaring, Scott. (2014). La supervivencia de la democracia en América Latina (1945-2005). *América Latina Hoy*, (68), 139-168.

de las intervenciones militares no era sustituir la democracia, sino garantizarla hacia el futuro pues se asumía que estaba en peligro y había que intervenirla para preservarla.

Este esquema analítico incluye dos variables: por una parte, el deterioro institucional, situaciones de inestabilidad política y de conflicto social de alta intensidad, real o potencial (*D*), y por otra, las características específicas de las Fuerzas Militares, sus orientaciones, sus autopercepciones y sus motivaciones (*M*). Una de las preguntas centrales de Rouquié se refiere a ¿militares y civiles se enfrentan en la vida política como dos campos separados y hostiles, el segundo de los cuales defiende el progreso y las libertades que el primero tiene por única y perversa vocación pisotear? Su respuesta es un no, asume que puede ocurrir en algunos casos, pero en otros no, incluso puede resultar que se establezca una especie de acuerdo y complementariedad entre civiles y militares y estos últimos no constituyen un instrumento de los primeros, sino que actúan de forma conjunta con las élites civiles en una especie de división del trabajo para mantener un orden establecido. Incluso en situaciones críticas y de inestabilidad, las relaciones civiles-militares pueden ser complementarias y no de contradicción. Civiles y militares interactúan y mantienen una interdependencia táctica.

Desde esta línea de pensamiento se puede plantear un esquema analítico de los quiebres democráticos que incluye dos variables:



D= Deterioro institucional e inestabilidad sociopolítica de alta intensidad

M= La disposición y orientación de los militares a intervenir en la esfera política

Figura 1. Esquema analítico de los quiebres democráticos.

Estas dos condiciones no se dieron en todos los casos en América Latina al mismo tiempo y en iguales circunstancias, pero su presencia conjunta está ligada a los golpes militares y al surgimiento de las “coaliciones golpistas”, a la combinación de fuerzas políticas que descansan bajo el establecimiento y a la

consolidación de formas militaristas de gobierno autocrático. Esta perspectiva evita caer en la absoluta casuística y en la renuncia a buscar ciertas regularidades contextualizadas²⁴. Aunque también cabe la precaución epistemológica opuesta: es necesario lograr la mayor diferenciación posible en la relación entre las variables que se privilegian y los países tomados como referencia, para no suponer que todos los casos se pueden explicar obviando ciertas especificidades sociopolíticas e históricas²⁵. De igual forma que renunciar a una explicación nos conduce a desconocer la importancia de teoría, es claro que debe evitarse la “tentación globalizante” y, a partir de la separación analítica, hay que diferenciar subgrupos de países en los que se combinan las variables con sus particularidades.

Asumiendo estas advertencias, la variable D, el deterioro institucional y la inestabilidad sociopolítica de alta intensidad, se asocia con las tensiones y con las contradicciones importantes entre actores sociales y políticos con intereses y visiones diferentes sobre la sociedad, el gobierno, las políticas, la economía y el orden institucionalizado. Se trata de circunstancias en la que hay perturbaciones, alteraciones y protestas sociales y/o conflicto armado real o potencial que hacen que algunos actores sociales contestatarios que demandan respuestas, políticas y cambios de parte de los gobernantes y de las élites; sean concebidos como “enemigos de la nación” y del orden social. Se considera que la intensidad de la inestabilidad social es extrema o muy intensa cuando la confrontación entre actores sociales y políticos, o entre facciones partidistas y/o sectores de las élites políticas y económicas, derivan o pueden derivar en acciones violentas y requieren decisiones perentorias para intentar solucionarlas, a riesgo de que se escale un conflicto que conduzca a la desintegración de las instituciones de la democracia. En ciertas situaciones se asume que está en riesgo la integración social y/o está en duda la capacidad de los gobernantes para manejar las tensiones sociales con los instrumentos jurídicos y coercitivos normales. Esto se puede expresar en contradicciones y confrontaciones entre sectores de las élites que, en el extremo, conduce a que algunos sectores consideren la opción de “suspender” la democracia para delegar en las Fuerzas Militares la conducción política o para apoyarlas si por iniciativa propia deciden hacerlo.

²⁴ Con ello se evita la renuncia a buscar alguna explicación que no se limite a cada caso particular, como lo hace Mabel Olivieri, quien afirma que “tanto la presencia como los regímenes militares en América Latina obedecen a situaciones espaciales, temporales y coyunturales que deben ser analizadas cada vez en su individualidad, resistiendo a la tentación de emanar teorías que en mayor o menor tiempo se demuestran falaces” (Olivieri, Mabel. (1984). Orígenes y evolución de la presencia militar en América Latina. *Revista Estudios Políticos, Nueva época*, (42), 163-188).

²⁵ Fernández Baeza, *óp. cit.*

Se trata de condiciones que producen debilidad o déficits de las democracias, problemas o limitaciones en sus componentes procedimentales como la limpieza de las elecciones, la neutralidad de la organización electoral o en su incapacidad de respuesta, las demandas y exigencias de la sociedad por bienes y servicios en condiciones de amplia desigualdad social y de pobreza, lo que se traduce en altos niveles de ingobernabilidad. Estas situaciones crean condiciones para que las Fuerzas Militares vean factible y/o consideren pertinente y hasta necesario un golpe militar. En algunos casos, los quiebres democráticos se dieron en medio de crisis agudas y crisis de alta intensidad, pero en otros, las crisis fueron relativamente menores y magnificadas por quienes querían justificar las salidas extrainstitucionales.

De tal forma, se presentaron diversas situaciones derivadas de los déficits democráticos y de las democracias precarias, del clientelismo y de la corrupción, de la poca capacidad de respuesta de los gobiernos a las demandas sociales y de los conflictos sociales, así como la dificultad de lograr consensos entre las élites en situaciones de alta polarización. Estas situaciones devinieron en la intervención de los militares que queriendo “salvar la democracia”, la interrumpieron. Las situaciones fueron diversas e incluyeron la falta de consenso en la aceptación de las reglas de juego y de los resultados de las elecciones, lo que condujo a que se dieran alianzas entre sectores de las élites civiles y las Fuerzas Militares (el caso de Perú en 1962)²⁶. También hubo casos de conflictos inter-élites por manejo del Estado, por sus concepciones y orientaciones ideológicas en situaciones de ascenso de las movilizaciones y protestas sociales que condujeron a una alta polarización política sin espacios de búsqueda de acuerdos. En tales casos, algunos sectores de las élites invitaron, incitaron o se unieron a las Fuerzas Militares para dar

²⁶ El golpe militar en Perú en 1962 se dio cuando el partido Acción Popular comandado por Fernando Balaúnde Terry perdió las elecciones con el APRA, en cabeza de Víctor Raúl Haya de La Torre, por menos del 1% de los votos y denunció un presunto fraude. Las Fuerzas Militares se aproximaban a las reivindicaciones de nuevos sectores sociales emergentes, que se veían representados por otros candidatos como Belaúnde Terry. Este y los militares denunciaron que hubo fraude pues los resultados indicaban que la elección del presidente iba a recaer en el legislativo (el Congreso decidía el ganador y tenía mayorías del APRA). Los militares declararon como inaceptable a Haya como Presidente. Ante la negativa del presidente a anular las elecciones el Comando Conjunto, llevó a cabo el golpe el 17 de julio. Desde el Gobierno se trazaron las bases de la Ley de Reforma Agraria, asumiendo que debían evitar explosiones sociales que ya estaban ocurriendo en haciendas del interior del país alentados por la ideología tipo revolución cubana. La junta militar gobernó entre 1962-1963, este último año hubo elecciones con los mismos candidatos y ganó Balaúnde Terry. En 1968 hubo otro golpe militar y solo en 1980 hubo elecciones, de nuevo ganó Balaúnde Terry (Elche Díaz, *óp. cit.*).

un golpe y así “evitar el ascenso comunista” (como en Brasil en 1964 y en Chile en 1973)²⁷. En otros casos las élites civiles recurrieron a los militares, o estos, por iniciativa propia, asumieron el poder en situaciones de movilizaciones y protestas sociales contendientes y recurrentes consideradas como desestabilizadoras (fuerzas populares organizadas radicalizadas que pueden ser percibidas como susceptibles de asumir el poder político o amenazar el orden establecido por el tipo de reivindicaciones que plantean). De la misma manera, los militares asumieron que los gobiernos no contaban con la capacidad para solucionar los problemas de orden público y las “amenazas” al *statu quo* por políticos nacionalistas o progresistas.

En estos casos como los anteriores, en el momento en el que ocurrieron los golpes militares no existían movimientos guerrilleros o estaban en una fase embrionaria, aunque la izquierda política y social era fuerte y mantenía un proyecto antiimperialista bajo la convicción que contaban con el apoyo de la URSS, o de otros países socialistas y podían convertirse en fuerzas políticas y militares encaminadas hacia la toma del poder del Estado (como los

²⁷ Los golpes militares en Brasil en 1964 y en Chile en 1973 responden a este tipo de situaciones. En Brasil, tras el triunfo de João Belchior Goulart en 1961 por el Partido de los Trabajadores que era defensor del intervencionismo estatal y de una política social de beneficio hacia los sectores obreros; los sectores representativos de los grandes hacendados y de la industria extranjera y nacional brasileña, así como los grupos minoritarios de la oficialidad y de las más altas jerarquías de la iglesia católica, eran partidarios de frenar el ascenso de la movilización obrera y campesina y del nacionalismo reformista y de sesgo anti imperialista del presidente Goulart, ya que veían una “amenaza comunista” para sus intereses sectoriales. Con una decidida intervención de Estados Unidos los militares dieron el golpe y asumió el poder Humberto de Alencar Castelo Branco. En un *memorándum* de la CIA de 1964, se señala que se había logrado contener la amenaza comunista (Rapoport, Mario y Laufer, Ruben. (2000). Los Estados Unidos ante Brasil y Argentina. Los golpes militares de la década del 60. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 1(2), 63-91.

En Chile, el ascenso de la izquierda al poder con Salvador Allende en 1970 con mayorías precarias de una tercera parte y con el intento de implantar un nuevo modelo de sociedad socialista, condujo a una fuerte polarización política en medio de la incapacidad del presidente para gobernar en medio de la oposición incentivada por Estados Unidos. Se dio una polarización tal, que terminó por corroer todas las instancias de moderación hacia las que podría haber convergido un acuerdo de salida de la crisis. Hubo incitaciones desde diversos sectores interesados en una acción militar, incluso antes de las elecciones frente a un eventual triunfo de Allende. La neutralidad militar formal anterior fue rápidamente reemplazada por un alineamiento abierto con un sector de la sociedad contra el otro. El golpe lo dio Augusto Pinochet, comandante en jefe del Ejército. Estados Unidos, bajo la presidencia de Richard Nixon y el secretario de Estado Henry Kissinger, influyeron en el golpe, financiaron y apoyaron con la Agencia de Inteligencia, CIA, a los golpistas y boicotearon la economía (Agüero, Felipe. (2003). 30 años después. La ciencia política y las relaciones Fuerzas Armadas, Estado y sociedad. *Revista de Ciencia Política*, XXIII (2), 251-271).

casos de Argentina y Uruguay)²⁸. También hubo situaciones de precariedad en la provisión de bienes y servicios por parte de las élites civiles divididas y/o con prácticas fraudulentas y de inmoralidad que crearon un entorno de un potencial conflicto. Se dieron golpes militares autodenominados progresistas y reformadores (como en Perú, Bolivia y Ecuador)²⁹. En unos y otros casos, se puso en evidencia la debilidad y precariedad de las democracias

²⁸ En Argentina un sector de las élites incitó al golpe. En 1966 los comandantes del Ejército, la Fuerza Aérea y la Fuerza Armada, apoyados por sectores de las élites económicas inconformes con la política nacionalista y socialdemócrata del gobierno de Arturo Illia, dieron el golpe y designaron al general Juan Carlos Onganía como presidente (1966-1970). En la década siguiente, las guerrillas surgieron después con una orientación anti dictatorial, así como también surgieron grupos armados ilegales cada vez más activos. En Uruguay y Argentina, los militares ascendieron al poder con la misión de “acabar con la subversión y el caos”, de garantizar la seguridad interna ante el supuesto avance de la subversión. En este país fue creado en 1965 el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) de ideología marxista, que operó como grupo guerrillero de influencia castrista. Aunque su accionar estaba enfocado principalmente en la lucha armada, algunos de sus integrantes crearon el brazo político para las elecciones de 1971 del llamado Movimiento de Independientes 26 de marzo, que formaba parte de la coalición de izquierdas Frente Amplio (fundada en febrero de 1971). En 1985 abandonaron las armas e incursionaron en la política competitiva democrática (véase: Collier, David. (1979b). *The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton: Princeton University Press; Bethell, Leslie. (1997). *La democracia en América Latina desde 1930. Tomo 12, Política y sociedad desde 1930*. Barcelona: Crítica; Rouquié, Alain. (1994). *El Estado militar en América Latina*. México: Siglo XXI Editores).

²⁹ Aquí caben los casos de Perú, Bolivia y Ecuador. El golpe militar de Juan Velasco Alvarado en Perú en 1968 (duraría hasta 1975) se dio en un contexto de división de sus élites y de ausencia de consensos mínimos. Fue un gobierno caracterizado como reformista y progresista que nacionalizó la banca y los recursos mineros, adelantó una reforma agraria en contra de los terratenientes, estatizó la industria pesquera, tuvo políticas sociales redistributivas, se reconoció legalmente un gran número de sindicatos, incluida la Central General de Trabajadores del Perú —organización fundada por José Carlos Mariátegui en los años veinte— y aparecieron los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) a favor de la profundización de las reformas. Los militares peruanos habían sido influenciados durante 10 años, entre 1950 y 1960, por una doctrina nacionalista y reformista sustentada por intelectuales de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), que enfatizaba la relación entre dependencia de potencias extranjeras y subdesarrollo. Se basaba en la tesis relacionada con la seguridad nacional comprendía, además de la defensa militar, el desarrollo económico y social. Los oficiales que compartían este paradigma aspiraban a combatir el subdesarrollo junto con el pueblo, demostrando de paso su disconformidad por el inmovilismo de los gobiernos. En Bolivia los golpes de Alfredo Ovando Candía (1969-1970) y Juan José Torres González (1970-1971) tenían la misma orientación, así como Omar Torrijos, como el hombre fuerte en Panamá (1968-1981) y en Ecuador, Guillermo Rodríguez Lara entre 1972-1976 (Stepan, Alfred. (1978). *The State and Society. Peru in Comparative Perspective*. Princeton: Princeton University Press; Vargas Gavilano, Amílcar. (1989). *La revolución de Velasco en cifras*. Lima: INPET; Dabène, Olivier. (2001). *La región de América Latina. Independencia y cambios políticos*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor; Rouquié, *óp. cit.*).